

drón no hay perdón posible, ni aun entregándose a todas la penitencias imaginables, si, pudiendo restituir, no restituye.

13. ¡Pobre de aquel que guarda entre sus manos lo que no es suyo! Escuchad este episodio que refieren varios autores. Un usurero, en trance de muerte, fue obligado por el confesor a restituir todo el fruto de sus latrocinios. El enfermo hizo venir a la cabecera de su cama cuatro personas, a las cuales entregó el dinero junto con otros objetos mal adquiridos, con el encargo de que ellas lo restituyesen a quienes correspondía.

Retiróse el confesor a su convento y, hallándose en oración, vio a un demonio deshecho en llanto, porque se le había ido de las manos el alma de aquel prestamista. Pero luego vio cómo otro demonio le consolaba diciendo:

—¡Tonto! ¿Por qué lloras? ¿No ves que si has perdido un alma, has ganado cuatro? Ocúpate un poquito de aquellos cuatro individuos que recibieron el encargo del dinero y verás qué fácilmente son tuyos.

14. ¡Pobre de aquel —vuelvo a repetir— que guarda en su poder bienes robados al prójimo! ¡Cuán difícil es que restituya y cuán fácil que se condene!

¿Y pensáis que durante la vida los van a hacer más felices aquellos bienes ajenos? Ciertamente que no pues llevarán siempre clavada en la conciencia la espina del remordimiento.

Se cuenta en la vida de San Medardo que un ladrón le robó un buey. Se lo llevó consigo a casa; pero el cencerro que traía colgado en el cuello tocaba

sin tregua, aun estándose el animal sin menearse. Sobrevino la noche y, temiendo el ladrón ser descubierto, atiborró de paja el esquilón, el cual, no obstante, seguía sonando. ¿Qué hizo entonces? Quitárselo del cuello a la bestia y meterlo dentro de un arca, pero el cencerro no dejaba de tocar. Escondido debajo de tierra y ni por eso logró que aquel cacharro callara. Lleno entonces de espanto, determinó devolver el hurto y en el mismo instante dejó de sonar el cencerro.

Apliquemos el cuento: Se diría que las cosas robadas llevan dentro de sí una esquililla que suena de continuo y dice: «Si no me devuelves, te condenas.» Y con este pertinaz remordimiento, ¿podrá nadie ser feliz?

15. —¡Pero, Padre, me es imposible restituir!

—Si verdaderamente no puedes, por estar tan necesitado que no tienes apenas para tu diario sustento ni para el de tus hijos, en tal caso no te obliga la restitución. Basta que mantengas en tu ánimo el deseo de restituir tan pronto como te sea posible, o que restituyas aquello poco que ahora puedes; porque el que no puede restituir totalmente, está obligado a restituir la parte de que disponga, retirando a este fin, por ejemplo, una pequeña cantidad o alguna cosita cada semana.

—Pero, a ese paso, nunca llegaré a restituirlo todo.

—No importa; con que restituyas lo que puedas, has cumplido.

16. ¿Y qué pensar de aquellos que podrían restituir, pero dicen: Si restituyo ¿qué va a ser de mi familia?

Y si vas al infierno —te digo yo— ¿qué va a ser de ti?

Se cuenta en la Vida del venerable P. Luis Lanuza, célebre misionero de Sicilia, muerto el año 1656, que habiendo ido a confesar a un señor de alta posición, cuya hacienda en gran parte se había amasado con robos e injusticias, le intimó la obligación en que estaba de restituir.

Mas tarde arguyó:

—Padre mío, si restituyo, no podrá el hijo que tengo vivir su posición.

El P. Luis le rogó, le amenazó; pero todo fue inútil; no pudiendo quebrantar su obstinada voluntad, se despidió de él. A la mañana siguiente, habiendo salido de sus quehaceres y cuando caminaba por un paraje seolitario, vio venir por el camino cuatro individuos de aspecto moruno, que conducían a un hombre atado sobre un jumento. Preguntó que a dónde conducían a aquel infeliz. «Al fuego», respondieron. Contempló el Padre y reconoció en él al obstinado caballero de marras. Luego, al volver al pueblo, se enteró de que pocas horas antes había muerto aquel desgraciado.

Ahí podéis ver como acaban los que, por dejar mejorados a sus hijos, no quieren restituir.

17. ¡Gran locura es querer condenarse por dejar a los hijos una fortuna! Si caes en el infierno, ¿irán tus hijos a sacarte de él?

Oíd el siguiente relato que nos hace Pedro del Palude. Erase un padre de familia, el cual se resistía a la restitución ante la perspectiva de dejar a sus hijos en la pobreza. Para hacerle entender la locura que cometía, acudió el confesor a esta ingeniosa estrata-

gema: le dijo que si quería curar de su enfermedad, bastaba que se untara el cuerpo con un poco de grasa extraída, por medio del fuego, de las carnes de alguno de sus hijos.

Pero sucedió que, de los tres hijos que el enfermo tenía, ninguno quiso, ni aun para curar a su padre, someterse al dolor de la llama.

El padre, entonces, desengañado y arrepentido de su error, les dijo: «¡Conque no queréis vosotros sufrir un fuego tan pequeño por librarme a mí de la muerte! ¿Y voy a consentir yo irme a las eternas llamas del infierno para que vosotros quedéis acá viviendo cómodamente? Sería un loco si lo hiciera.» Y al momento dio orden de restituir todo cuando debía.

18. —¿Y no estará, Padre mío, satisfecha la restitución dejándolo todo para misas?

—De ninguna manera. Y si, conocido el dueño, algún confesor ignorante (gracias a Dios no los hay entre nosotros) te dijera que con encargo de misas restituías cumplidamente, sábetelo que, aun después de celebradas todas esas misas, te quedaría la obligación de restituir al dueño lo que es suyo.

—Pero es el caso que ya tengo entregado el dinero para las misas.

—No importa; el dueño exige de ti que le devuelvas lo que le quitaste y le pertenece.

Cuando no se sabe el dueño ni es posible dar con él, entonces, podrás satisfacer encargando misas o haciendo limosnas por el alma del dueño.

19. ¡Y la verdad es que son muy contados aquellos que restituyen! Nos lo asegura la experiencia. Los

hurtos están a la orden del día. ¿Lo están también las restituciones? Bien dice el refrán que «carne asada no vuelve al matadero».

Refiere el Verme en su Instrucción que un monje del yermo vio en cierta ocasión a Lucifer sentado en un trono y que ante él se presentaba un demonio recién llegado de la tierra. Le echó en cara Lucifer que por qué se había entretenido tanto con los hombres. A lo que el demonio respondió:

—Estuve convenciendo a un ladrón para que no restituyese.

—¡Ea! —ordenó entonces Lucifer a sus ministros—, castigad a este necio.

Y luego, volviéndose a él, le dijo:

—¿Pero tú no sabes, imbécil, que quien roba, nunca restituye? ¿Y para esto, para conseguir que un ladrón no restituya, te has tomado tanto tiempo? ¡Nada! Castíguesele inmediatamente.

Y Satanás tenía razón. ¿Por qué? Por lo del refrán, que *carne asada no vuelve al matadero*.

20. Cerremos ya este capítulo.

Entre quienes se hicieron con bienes ajenos, es preciso distinguir los *de buena fe* y los *de mala fe*.

En cuanto a los primeros, si todavía poseen la cosa ajena, deben restituirla ciertamente; si (también de buena fe) la consumieron, tienen que entregar todo aquello que les quedó *como ganancia*, es decir, lo que se ahorraron al no comprar la cosa consumida; pero si aun esta ganancia —siempre de buena fe— la hubieran gastado, entonces ya no tiene ninguna obligación.

Los otros, *los de mala fe*, deben restituirlo todo y por añadidura indemnizar al dueño de todos los per-

juicios, aun fortuitos, que le ocasionaron. Y esta obligación les urge so pena de eterna condenación. Si no quieren restituir y prefieren condenarse, en su mano está pero se habrán de arrepentir no sólo en la otra vida, más también en la presente.

21. Dice el Profeta Zacarías que en la casa donde entran bienes robados, con ellos entra también la maldición. *Esta es la maldición que se derrama sobre la superficie de la tierra... y caerá encima de la casa del ladrón... hasta consumir maderas y piedras* (Zac. 5,3-4). Por eso dice San Gregorio Nacianceno: «El que injustamente posee, hasta de sus propios bienes se verá privado.» Los bienes robados llevan consigo un fuego que, después de destruirlos a ellos, reducen también a cenizas los bienes propios del ladrón, verificándose así la maldición del Señor.

«Poseamos —dice San Gregorio— los bienes de este mundo, pero sin dejarnos poseer nosotros de ellos». Hay quienes se hacen tan esclavos de las cosas terrenas, que por tenerlas prefieren condenarse miserablemente. ¡Qué desgracia!, ¡cuántas pobrecitas almas se van al infierno por su afán de los bienes del prójimo!

Ved cómo obran los hombres sensatos que estiman su alma por encima de todos los bienes materiales que otros posean. Al morir Enrique III de Castilla dejó a su hermano Don Fernando como regente del reino, durante la menor edad de su hijo y heredero el príncipe Don Juan, niño todavía de muy pocos años. Ya desde el principio de su regencia tales muestras dio Fernando de rectitud y bondad, que el pueblo quiso, y así se los manifestó, tenerlo a él por su verdadero rey. Pero ¿qué hizo Don Fernando ante

las instancias de sus vasallos? Llevando en brazos a su sobrinito, se presentó al pueblo para decirle que la corona y el reino eran de aquel niño, y que por conservárselo estaba dispuesto a dar toda su sangre (22).

¡Qué acto más hermoso! ¡Renunciar a un reino antes que ofender a Dios! Pero bien supo Dios premiar esta fidelidad, pues lo elevó al trono de Aragón, donde reino pacíficamente, viéndose con toda su familia colmado de divinas bendiciones.

22. San Agustín refiere un caso parecido de generosidad. Yendo un pobre por las calles de Milán, halló una bolsa con una cantidad de cerca de doscientas liras. Le dijeron que, pues no se sabía su dueño, podía quedarse con ella tranquilamente. Mas el pobre, temeroso de Dios, puso anuncios por todas partes dando cuenta de su hallazgo. Se presentó el dueño, cuyas señas coincidieron perfectamente con las de la bolsa; en vista de lo cual el pobre se la entregó. Quiso entonces el dueño gratificárselo dándole veinte liras, que el pobre no quiso recibir.

—Tomad siquiera diez o cinco.

—Ni un céntimo, señor; lo suyo le corresponde a usted íntegramente.

—Pues ya que tú no quieres nada de mí —insistió el dueño fingiendo enojo—, tampoco yo quiero nada de tus manos; tómame eso.

Y le arrojó a los pies la bolsa con todo el dinero.

Así, por la fuerza, aceptó el pobre aquella cantidad; mas no para sí, pues inmediatamente fue a repartirla entre los necesitados.

APENDICE IV

De algunos derechos y deberes en materia social. El 7º y 10º mandamientos.

Los mandamientos 7.º y 10.º nos dicen: “No robaras”, “no codiciarás los bienes ajenos”.

Los cristianos como nos dice el Concilio, debemos respetar con amor los bienes del prójimo y afanarnos para que los bienes de la tierra se distribuyan con justicia entre todos los hombres.

“Los bienes creados en una forma equitativa, deben alcanzar a todos bajo la guía de la justicia y al acompañamiento de la caridad... Todos los hombres tienen estricto derecho a poseer una parte suficiente de bienes para sí y para sus familiares”, y por lo mismo a serles respetados (Igl. M. 69)

¿Que nos mandan el 7.º y 10.º Mandamientos?

Estos mandamientos nos mandan 1) respetar los bienes ajenos y 2) conformarnos con los bienes que Dios no ha dado y con los que honradamente podamos adquirir (Cat. Nac.).

Dios dijo a nuestros primeros padres:

“Someted la tierra y dominad... sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra” (Gén. 1,28)

Toda la tierra con su fecundidad y abundancia de

bienes y fuerzas, la puso Dios al servicio de todos los hombres, para que con su trabajo encontraran en ella los medios para el sustento necesario.

Todo hombre, pues, tiene derecho a poseer algunos bienes, de los que pueda usar y disponer para sí mismo, sin ser turbado en su disfrute por los demás. Esto es lo que llamamos **propiedad privada**, y que es una consunción o extensión del derecho a la vida.

¿Por qué la Iglesia alaba la propiedad privada?

La iglesia alaba la propiedad privada porque ella es estímulo para el trabajo, y porque así toda persona, como ser racional y libre puede con cierta libertad e independencia hacer frente a la solución de sus problemas.

El derecho de propiedad privada es de ley natural y fruto del trabajo y de legítima herencia, porque además de mejorar la condición humana fomenta la paz.

El Vaticano II lo dice así:

«La propiedad privada o un cierto dominio sobre los bienes externos, aseguran a cada cual una zona absolutamente necesaria para la autonomía personal y familiar y deben ser considerados como ampliación de la libertad humana...»

«Esto debe afirmarse no sólo de las propiedades materiales sino también de los bienes

inmateriales, como es la capacidad profesional». (Igl. M. 71).

¿Qué nos dice el Decálogo sobre el derecho de Propiedad?

El Decálogo nos dice que debemos respetar los bienes ajenos y no apropiarnos lo que no es nuestro, y que nadie se valga de engaños para perjudicar al prójimo.

Según la doctrina del Decálogo, la propiedad privada es un derecho sancionado por Dios. Jesucristo no la condenó, sino sus abusos.

San Pablo recordó a los cristianos de Efeso:

«El que robaba, ya no robe; antes bien, afánase trabajando con sus manos en algo de provecho, para poder dar al que tenga necesidad» (Ef. 4,28)

El **robo**, dice el apóstol, es un gran pecado:

«Ni los ladrones..., ni los que viven de rapiña, han de poseer el reino de Dios» (1 Cor, 6, 10).

«La balanza falsa es abominable a Dios, mas la pesa fiel le agrada» (Pro. 11, 1).

¿Condeno Jesucristo la posesión de bienes materiales?

Jesucristo no condenó la posesión de bienes materiales, sino la avaricia y el apego del corazón a es-

tos bienes. Las riquezas son buenas mientras se ordenen al servicio de Dios y del prójimo, y son malas cuando se pone el corazón en ellas más que en los bienes del alma.

«Si las riquezas vienen a vuestras manos, no apeguéis vuestro corazón a ellas» (Sal., 62, 11)

«No alleguéis tesoros en la tierra donde la polilla y el orín los corroen y los ladrones horadan y roban. Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí está tu corazón» (Mt. 6, 19-21)

Jesucristo nos dice que el rico Epulón se condenó pero no por ser rico, sino por hacer mal uso de las riquezas.

Pecados contra el 7.º Mandamiento

En la vida social suelen cometerse contra el 7.º mandamiento varios pecados, como son:

- 1) No pagar el justo salario a los empleados y obreros;
- 2) no dar el debido rendimiento en el trabajo;
- 3) servirse de la materia privada o de la escasez para enriquecernos con injusta subida de precios;
- 4) no cumplir los deberes del cargo, permitiendo que se perjudique al prójimo o al bien común. (Cat. Nac)

«¡Ay del que edifica su casa con la injusticia, haciendo trabajar a su prójimo sin pagarle, y sin darle el salario de su trabajo!» (Jer. 22-13)

«¡Ay de los que añaden casas a casas, de los que juntan campos, hasta acabar el término, siendo los únicos propietarios...!» (Is. 5,8).

«Vosotros los ricos, llorad a gritos por las desgracias que os van a sobrevenir. Vuestra riqueza está perdida... El jornal de los obreros, defraudado por vosotros, clama...» (Sant. 5, 1-7).

¿Cual sería el ideal sobre el uso de las riquezas?

El ideal sería que vivieran como los primeros cristianos, que tenían todos lo bienes en común (Hech. 2, 43), y los que tuvieran riquezas, que dieran a los necesitados y a los pobres.

El problema social, que ofrece sus dificultades no pequeñas, puede hallar su solución a la luz del Evangelio que nos enseña el carácter o valor relativo de los bienes terrenos, la dignidad de todos los hombres ante Dios, sean ricos o pobres, libres o esclavos, y la doctrina del amor universal.

El punto central de la cuestión social, como dijo Pío XII es una distribución más justa de las riquezas..., y Pablo VI nos recuerda que siendo una cuestión que se debe resolver con justicia y caridad, deben los pueblos ricos o llamados «desarrollados», ayudar a los pobres, cuyos habitantes padecen ham-

bre y miseria..., pero el mayor obstáculo para resolver esta cuestión, es el egoísmo, el creerse uno eterno aquí en la tierra en la que estamos solamente de paso. Jesucristo no dice:

«Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». (Mt. 6, 33).

La perfección cristiana

Una de la señales claras de perfección cristiana es el desprendimiento de las riquezas, Jesús así lo dice:

«Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos». (Mt. 19,21).

Conclusión práctica

Las riquezas pueden ser materiales y espirituales... Todos podemos dar al necesitado: dinero o instrucción religiosa. Piensa que lo que hagas a un pobre o necesitado material o espiritualmente es hecho al mismo Jesucristo (Mt. 25, 40). Tu sé desprendido, y ante todo fiel y honrado, no quites ninguna cosa por insignificante que sea. (B. Martín Sánchez).

OCTAVO MANDAMIENTO

No levantarás contra tu prójimo falso testimonio (Ex., 20,16)

1. En primer lugar, se prohíbe en este mandamiento declarar con falsedad en los tribunales de justicia. Cuando uno es interrogado legítimamente por el juez, debe decir la verdad. Y si, sabiéndola, la niega, o simplemente asegura no saber nada, peca.

—Es que yo me callo para evitar que castiguen a un infeliz.

—Esa excusa no vale, como ya dijimos al hablar del segundo Mandamiento. Tú estás obligado a declarar lo que sepas, aunque por ello le venga el prójimo delincuente algún mal. El mal en este caso es justo, ya que el bien público exige que los malhechores sean castigados. Ahora bien, quedarían éstos impunes si los testigos no declararan según la verdad de los hechos que conocen.

2. Por otra parte, peca, y por cierto más gravemente, quien depone ante los jueces cosas falsas con daño el prójimo.

La mentira siempre es pecado, aunque se diga por broma o en provecho de otros; ni siquiera para evitar a otros la muerte sería lícito mentir.

Cuenta el autor de la *Biblioteca del Párroco* que el emperador Maximiano mandó encarcelar a San Antimo, obispo de Nicomedia. Salieron soldados en su busca; y aconteció que, sin ellos saberlo, entraron en casa donde el santo vivía y allí pidieron de comer. San Antimo satisfizo sus deseos y estuvo aten-

tísimo con ellos, los cuales, al despedirse, le preguntaron que dónde encontrarían el obispo Antimo.

—Aquí mismo está —respondió el santo—; yo soy Antimo.

Los soldados, que tan agradecidos le estaban, le dijeron:

—No; no seremos nosotros quienes te llevemos preso; diremos que no pudimos dar con tu paradero.

—De ninguna manera, hijos míos —replicó el santo—; tampoco yo puedo consentir que faltéis a la verdad; prefiero la muerte antes que aconsejaros decir mentira.

Y en compañía de los soldados él mismo se presentó al emperador.

3. La mentira siempre es pecado. Si es sin daño de tercero será solamente venial; pero si con daño grave, será mortal. Esto significa la Escritura cuando dice: *La boca embustera da muerte al alma* (Sap. 1,11). Si se miente al juez, la mentira será doblemente pecado mortal; y si fue con juramento, como se hace en los juicios, será también sacrilegio por razón del perjurio, lo cual constituye pecado gravísimo.

El legislador Tenés dispuso que a la vera del juez se hallase siempre un verdugo armado de un hacha para herir a todo aquel que en juico mintiese.

Maldito sea el que tuerce la justicia...: y responderá todo el pueblo: «Amén» (Dt. 27,19). Tres testigos —según refiere Eusebio— (Hist. Ecl. 1,6) —depusieron falsamente ante el tribunal contra el obispo Narciso. El primero de ellos dijo: «Si mi acusación no es verdadera, muera yo abrasado,» «Y a mí —dijo el segundo— máteme una ictericia.» «Y amí —añadió el tercero— fálteme la luz de los ojos.

No pasó mucho tiempo y las tres imprecaciones se habían cumplido: el uno quedó ciego, el otro murió de ictericia y el tercero abrasado por un rayo.

4. Prohíbe este Mandamiento, en segundo lugar, la murmuración. Pecado, por cierto, muy común. «Difícilmente hallarás —dice San Jerónimo— quien no guste de meterse a arreglar vidas ajenas.» «Dadme un hombre—dice Santiago— que no peque con la lengua y lo tendré por santo: *Si alguno no peca de palabra, es varón perfecto* (Sant. 3,2)

Mal síntoma es en un pobre enfermo tener negra la lengua. A menudo en los enfermos la gravedad del mal se infiere mejor que del pulso, del estado de la lengua. El pulso no siempre descubre la altura de la fiebre; pero estar la lengua ennegrecida y purulenta (como dice Hipócrates) es indicio de muerte. Muchos vendrán a la iglesia y oirán muchas misas y rezarán rosarios; pero su lengua, ennegrecida por la murmuración, da señales de muerte, de muerte eterna.

Dice San Bernardo que la murmuración es espada de tres filos que de un solo golpe causa tres heridas: hiere al detractor, pues comete pecado; hiere al difamado, pues le quita la honra, y hiere al que escucha la murmuración, porque, demuestra complacerse en ella, y esto es pecado también.

5. Pero expliquemos un poco esta materia. Hay dos géneros de murmuración: la *calumnia* y la *difamación*.

Consiste la *calumnia* en achacarle al prójimo alguna falta que no cometió o en exagerar la que hubiera cometido. Si esto es en materia grave, el pecado es mortal y urge la obligación de restituir la fama.

Consiste *la difamación* en descubrir alguna falta real, pero oculta, a otros que la ignoraban; y esto también es pecado mortal, porque el prójimo, mientras su falta permanece oculta, conserva el derecho a una reputación de que tú, con tus habladurías, le despojas, y con la honra perdida ya no puede nadie presentarse delante de los demás.

6. Hay muchos modos de quitar la fama:

a) Uno es calumniando *abiertamente*: «Fulano ha dicho esto o lo otro...»

b) Otro es calumniado de una manera *indirecta*; por ejemplo: «Menganito se confiesa, sí, muy a menudo; pero... ¡si uno pudiera hablar...! Sería preferible muchas veces descubrir del todo la falta, pues con aquel «pero» y toda aquella reticencia puede ser que los que oyen se imaginen mucho más de lo que en realidad fue.

c) Otro es criticando la intención. No podrá el murmurador censurar la intención: «Sí, está bien; pero lo ha hecho para despitar.»

d) Otro es murmurando con el gesto «Hombre de muchas lenguas» llama la Escritura a este tipo de murmuradores: *Vir linguosus*, es decir, armado de muchas lenguas, porque murmura no solamente con la boca, sino también con las manos, con los pies, con los ojos. Cierta señor que no sabía hablar como no fuese mordiendo en la honra ajena, perdió la razón en castigo de su pecado; luego, él mismo se cortó la lengua con los dientes y murió; por fin, despidiendo por la boca un olor insoportable. ¡Pluguiera a Dios no abundase tanto ese linaje de pecadores! *Llevan sus lenguas veneno de áspides (13)*; diríase que

tienen la boca llena de veneno y que no saben hablar como no sea desacreditando a todo el que se presenta.

7. Otros tienen la fea costrumbre de traer y llevar cuentos. Oyen que fulano habla mal de zutano, y corremos a contárselo. A estos tales llamamos correveidiles, y son maldecidos de Dios, por cuanto hacen el oficio del demonio, perturbando la paz de las familias y de comarcas enteras y despertando a granel riñas y enconos. Ya dijimos de este vicio al hablar del precepto de la caridad.

Tened mucho cuidado, hermanos míos, tened cuidado con lo que habláis; guardaos bien de esto, no sea que vuestra lengua os precipite en el infierno. En el *Espejo de los Ejemplos* se cuenta haberse aparecido un condenado con la lengua toda llagada y hecha ascua y que, mordiéndosela rabiosamente, exclamaba: «Esta lengua maldita me ha perdido.»

8. Si la falta del prójimo es ya del dominio público, descubrirla sin causa justa a quien todavía la ignoraba no es pecado mortal, pero sí venial contra la caridad. Mas advertid que, aunque un tiempo atrás la falta haya sido notoria, si al presente permanece oculta, sería pecado manifestarla, ya que ahora el delincuente goza de buena reputación.

9. Vengamos ya a los remedios. Quien desacredita al prójimo, no satisface confesando su pecado, sino que debe además restituir la fama que robó. Y aquí esta la dificultad: porque si es fácil despojar a uno de su reputación, es difícilísimo devolvérsela.

Cuando la infamia es infundada, está obligado el detractor a desdecirse y a proclamar la falsedad de su calumnia. Pero ¡esto sí que es difícil!

Menoquío nos refiere de un caballero que, habiendo difamado a una mujer casada, se fue a confesar con el Padre Víctor, dominico:

—Es preciso —le dijo éste— que desmienta usted todo lo dicho.

—No puede ser —replicó el caballero—, perdería yo toda mi reputación.

Insistió el confesor, haciéndole presente que, de lo contrario, no podría absolverlo. Mas el penitente, firme en sus trece, respondió: «¡Imposible, imposible!» Al fin, el Padre, viendo que perdía el tiempo, lo despachó diciendo: «Váyase, pues, que está usted condenado.» Y volviéndole las espaldas se retiró.

10. Si la falta del prójimo es verdadera, pero permanece oculta, también entonces, según queda dicho, hay obligación de restituir la buena reputación.

Y aquí la dificultad es todavía mayor, porque, habiendo sido real la falta no hay lugar a decir que no fue; sería mentir, y esto en ningún caso es lícito. Entonces ¿cómo hacer? Arrégleselas lo mejor que pueda, sirviéndose de alguna frase ambigua, como, por ejemplo: «Fue una broma lo que le dije de fulano»; «Lo dije cegado por la pasión»; «Fue una cosa que salió de mi cabeza», o bien encomiando sus cualidades sin mencionar lo otro para nada. Esta segunda manera será a veces preferible, máxime cuando se presume que ha de quedar el interesado más complacido con estos elogios y con que se eche tierra sobre el pasado.

11. Pero adviértase aquí una cosa que es necesario tener presente: que no es murmuración ni es pecado descubrir las faltas de alguno a sus superiores (padres, tutores o maestros), si esto se hace con el fin de que ellos pongan remedio a un daño público o de algún inocente o del mismo reo. Así, por ejemplo, no pecas si, sabiendo que una muchacha tiene malas relaciones con un hombre o que un joven frecuenta cierta casa de mala nota, lo pones en conocimiento de su padre para que lo remedie; antes bien, puede acontecer que, si la denuncia no supone para ti peligro de grave daño, estés obligado a hacerla. Y esto, como digo, no es murmuración, «La dilación consituye pecado —dice Santo Tomás— cuando se hace con ánimo de desacreditar al prójimo, no cuando se hace para evitarle a él o a otros un daño espiritual».

12. Ya hemos dicho que es pecado murmurar. ¿Lo será también escuchar a quien murmurar?

Sí, cuando el que escucha tira de la lengua al murmurador o se complace en lo que éste dice o demuestra agradarle la conversación.

¿Y pecaría también el que no manifiesta agrado de lo que oye, pero tiene reparo en reprender al murmurador? Responde Santo Tomás que, mientras no tenga la certeza de que su reprensión atajará la conversación murmuradora, no peca mortalmente. Pero esto no vale cuando el que escucha es un superior, el cual siempre está obligado en estos casos a corregir a sus súbditos y a impedir la murmuración. Por lo demás, cuando uno oye murmurar y la murmuración viene a caer en cosas graves y ocultas, debe entonces protestar, o desviar la conversación, o

ausentarse de allí, o, por lo menos, dar muestras de descontento.

13. Prohíbe, en tercer lugar, este Mandamiento decir palabras contumeliosas. *Contumelia* es la ofensa que se hace a una persona en su presencia. Con la destrucción se la desacredita; con la contumelia se la deshonra. Dice San Pablo que los que así injurian al prójimo son aborrecidos de Dios: *Deo odibiles contumeliosos* (Rom. 1,24). Y si al ultraje se añade la infamia, son dos pecados, pues se ofende al honor y se ofende a la fama de prójimo.

Y así como hay obligación de devolver la reputación, igualmente hay que devolver el honor, pidiendo perdón o con otras manifestaciones de humildad. Y si la injuria fue hecha o dicha (ya que puede perpetrarse con obras o palabras) en presencia de otras personas, debe repararse el honor del ofendido delante de las mismas.

Violar la correspondencia epistolar es una especie de contumelia y, por consiguiente, pecado; a no ser que exista legítima presunción de que por parte del que escribe o del destinatario no hay inconveniente ninguno.

Peca asimismo quien manifiesta un secreto encomendado o prometido, si no hay justa causa para ello. Qué causas justifiquen, pregúntalo en cada caso al confesor y obrad según su consejo.

14. ¿Será pecado también hacer juicios temerarios?

Ciertamente, si el juicio es de cosa grave y si verdaderamente es *temerario*, es decir, sin ningún fundamento, porque, si hay razones, estos juicios no encierran culpabilidad.

La simples sospechas, cuando son infundadas, son pecado venial; difícilmente constituirán pecado mortal, a no ser que sin más ni más se sospeche de otros algún gravísimo delito. *Sin más ni más* he dicho, porque si la sospecha está justificada no hay en ello pecado. Por lo demás, los buenos siempre piensan bien del prójimo; los malos, en cambio, siempre piensan mal. *Como el necio es necio, juzga que todos son necios como él* (Eclo. 10,3).

15. Estudiado ya el octavo Mandamiento, debiéramos hablar del noveno y décimo, en los cuales se prohíbe desear los bienes ajenos y la mujer del prójimo.

Pero del pecado deshonesto y del pecado de hurto se ha tratado ya en el sexto y séptimo Mandamientos; aquí, en el nono y décimo únicamente se prohíbe el deseo de cometer aquellos pecados. Baste, pues, decir que lo que no se puede hacer sin pecar, tampoco se puede desear sin pecar.

Nada diremos tampoco de los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia, ya que de las cosas principales que en ellos se encierran se ha ido hablando al explicar los preceptos del Decálogo.

APENDICE FINAL

Los diez Mandamientos de la Ley de Dios se resumen en dos: 1.º Amar a Dios sobre todas las cosas, 2.º amar al prójimo como a nosotros mismos.

Un doctor de la ley, preguntó a Jesús: “Maestro, ¿Cuál es el Mandamiento mayor de la Ley? ¿Cuál es el primero y principal de los Mandamientos?”.

Jesús le respondió: “Este es el primero —escucha Israel—: El Señor nuestro Dios es el único Señor. Por tanto: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda su alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el mayor y el primero de todos los mandamientos. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a tí mismo. En estos dos mandamientos está resumida toda la Ley y los Profetas” (Mt. 22; Mc. 12; Lc. 20).

Como vemos, toda la Ley de Dios se resume entera en esta sola palabra: AMOR, pues como enseña San Pablo, *el amor es la plenitud de la Ley* (Rom. 13, 10).

En primer lugar tenemos que amar a Dios, por encima de todas las cosas, incluso por encima de nuestra propia vida. Y en segundo lugar tenemos que amar al prójimo, como a nosotros mismos.

La razón de amar a Dios es El mismo; lo amamos porque se lo merece por su dignidad y por su infini-

ta bondad. Y la razón para amar al prójimo es también Dios. Amamos al prójimo por lo que hay de Dios en él, porque nos lo manda Dios, porque lo merece Dios que nos lo manda. Por eso amamos incluso a los enemigos, por amor a Dios.

Se debe amar al prójimo únicamente por amor de Dios. Por eso decía Jesús: *“Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos y hermanos, e incluso a su propia vida, no puede ser mi discípulo”* (Lc. 14, 26).

Enseñan los doctores con Santo Tomás, que el amor sobrenatural, para que sea bien ordenado debe empezar por uno mismo, y a continuación por las personas más allegadas a nosotros, como es la esposa y los hijos, etc. Y pues si Cristo nos manda que hemos de estar dispuestos a odiarnos a nosotros mismos y a aquellos que mayor obligación tenemos de amar, está claro que por amor a Dios debemos estar dispuestos a todo, incluso a ofrecer a Dios nuestros propios hijos, como lo hizo Abraham.

Debe quedar, pues, bien sentado que, sólo Dios merece nuestro total amor, y que al prójimo solamente lo debemos amar *en Dios y por Dios*, porque no tiene en sí otra razón de amor mas que lo que hay de Dios en él.

El amor a Dios ha de ser absoluto y total, y en cambio el amor al prójimo solamente será como una reverberación del amor a Dios.

No podemos dividir el amor dando parte a Dios y parte al prójimo, sino que todo entero se lo damos a Dios, y lo que damos al prójimo no ha de ser más que un reflejo o reverberación del amor de Dios.

Hoy se escribe y se predica mucho sobre cómo hemos de amar al prójimo, y apenas se dice nada so-

bre el amor que debemos a Dios, y por eso no se consigue nada, y cada vez nos amamos menos. ¿Cómo vamos a amar al prójimo si antes no amamos a Dios, cuando el amor al prójimo solamente puede ser como consecuencia del amor a Dios? No tiene el prójimo en sí mismo ninguna razón para que le amemos; sino por lo que el prójimo tiene de Dios. La única razón está en Dios, y pues si no nos habláis de Dios, para que nos enamoremos de Dios, ¿cómo vamos a amar al prójimo cuando no vemos en él ninguna otra razón que merezca nuestro amor?

Razones para amar a Dios

Dice Santo Tomás que la voluntad del nombre es una potencia ciega que solamente se decide a amar aquellas cosas que el entendimiento le presente como buenas. No se puede amar lo que no nos seduce como bueno. Para que una cosa sea amada tiene que ser buena y atractiva, al menos en la apariencia. Siendo Dios la misma bondad y el motivo de toda felicidad, tiene en Sí, todas las razones y motivos para ser amado con infinito amor, y si no lo amamos es sencillamente porque no lo conocemos.

Dios es en Sí la suma de toda perfección, dignidad y grandeza: lo sabe todo y lo puede todo. El es la causa de toda vida y el origen de todo cuanto existe espiritual o material. Dios es esencialmente hermosa, poder y amor. Es imposible conocerle y no amarle; pero solamente se va dejando conocer del hombre en la medida que éste vaya creciendo en el amor hacia El.

A Dios se empieza a conocer por la fe; debemos meditar profundamente la verdades de la fe que nos

hablan de la bondad de Dios, y agradecerle de todo corazón tantísimos beneficios que de El hemos recibido. Así es como iremos creciendo en el amor de Dios y le iremos amando cada vez más. El conocimiento lleva al amor y el amor aumenta el conocimiento.

Del beneficio de la creación

El beneficio de la creación es tan grande que, aunque fuéramos simples animales, como piensan los ateos que dicen que todo acaba con la muerte, tendríamos motivo para dar gracias a Dios por habernos creado, pues hasta los mismos ateos aprecian la vida y están contentos de vivir. Pero nosotros los que por la luz de la fe sabemos que no somos como los animales, que mueren y se les acaba la vida, sino que nosotros con la muerte sabemos que pasamos a otro mundo mejor, donde no existe la muerte y esperamos vivir en eterna juventud y perfecta felicidad ¿cuánto deberemos agradecer a Dios el haber sido creados? Pues si los ateos, están contentos de vivir aun pensando que la vida se acaba con la muerte, ¿qué contentos y qué de gracias a Dios deberemos darle nosotros que sabemos que nuestra vida no acabará nunca y que estamos destinados a una felicidad eterna?

Hijos de Dios

Los ateos dicen que nosotros no somos más que animales racionales, y que como ellos, nuestra vida acaba con la muerte. En cambio, nosotros sabemos por la fe que, aunque tengamos un cuerpo animal,

somos seres superiores, infinitamente superiores, pues por la gracia participamos de la misma naturaleza de Dios, y en cierta manera somos de la misma raza de Dios.

Dios por el bautismo nos revistió con la gracia, nos dio una participación de su misma naturaleza divina, y nos adoptó por hijos. Esta enorme dignidad que nos concedió, nos asegura que *“ahora somos ya hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos en el cielo; pero sí estamos ciertos que cuando le veamos cara a cara, seremos semejantes a El, porque todo lo tendremos de El”* (1 Jn. 3, 2). Allí tendremos: juventud, hermosura, poder, sabiduría, felicidad, etc., etc., pues quien a Dios tiene nada le falta.

¿Cuánto desearían algunos hombres ser príncipes, hijos de algun poderoso rey de la tierra? Pues nosotros somos los hijos del Rey de reyes, destinados a ser reyes y a dominarlo todo, por eternidad de eternidades. ¿Cuánto deberemos agradecer a Dios este bien tan enorme de habernos hecho sus hijos y herederos de su gloria? Si tantos hombres están contentos de vivir y piensan que son como animales, ¿cuán contentos deberemos estar nosotros sabiendo que fuimos creados a imagen y semejanza de Dios, y que por la gracia participamos de la misma naturaleza divina de Dios, y somos hijos de Dios herederos de su gloria?

Del beneficio de la Redención

Cuanto más grande es la dignidad a la que nos elevó Dios con la gracia haciéndonos hijos y herederos suyos, tanto mayor es la humillación y miseria a la

que fuimos rebajados cuando tuvimos la desgracia de cometer un pecado. Todo aquel que haya tenido la desgracia y la osadía de cometer un pecado mortal, se ha degradado a sí mismo, rebajándonos al nivel de Satanás. Por un solo pecado ha merecido, no que Dios lo aniquilase, sino algo mucho peor, pues ha merecido un infierno eterno donde habría de padecer toda una eternidad desesperados tormentos, si Dios no lo perdona.

Para poder perdonarle, Dios ha tenido que hacerse hombre y padecer y morir en una Cruz. Considere ahora el hombre que pecó cuánto debe agradecer a Dios que no le haya abandonado en el infierno que tenía merecido; pagando él mismo con su muerte de cruz el rescate de su alma. Debe considerar despacio los padecimientos del Señor y preguntarse ¿por qué lo hizo? ¿Por qué quiso padecer tanto para salvarle? ¿Qué ganaba con ello? ¿Qué falta le hace a Dios? Si Dios es infinitamente sabio y poderoso. ¿qué necesidad tenía del hombre para que tuviera que padecer tanto por salvarlo? Y pues si nosotros somos en su presencia menos que una hormiga para nosotros, ¿por qué tanto empeñó en librarnos del infierno que teníamos merecido? ¿Hubiéramos hecho nosotros por El otro tanto de lo que El hizo por nosotros?

Consideremos ahora lo que nosotros somos capaces de hacer por Dios. ¿Qué trabajos y qué penitencias estamos haciendo sin otro interés que el de agradecer a Dios? Pero no digo ya nosotros; ¿qué Santo ha habido jamás en el mundo que haya sido capaz de hacer por Dios siquiera la milésima parte de lo que Dios hizo por él?

Los santos cuando hacían penitencias y sufrían tribulaciones se animaban pensando en la gloria que

estaban ganando, según aquel dicho de San Pablo de que *todos los padecimientos presentes no son nada en comparación de la gloria venidera que esperamos en el cielo* (Rm. 8, 18). Y como decía Santa Teresa, abrazaban con gusto cualquier trabajo por poder aumentar la gloria que habrá de durar para siempre.

Es decir, que los trabajos y penitencias que hacemos nosotros por amor de Dios, no están libres de todo egoísmo, pues, aunque no queramos, se nos va el pensamiento a la gloria que esperamos y con eso nos animamos. Pero Jesucristo cuando sufría para salvarnos, ¿qué esperaba de nosotros? ¿Qué tenemos nosotros que pueda faltarle a Él?

Por eso el amor de Dios hacia nosotros es un amor puro, desinteresado, incomprensible, incomparable e inigualable, que nadie en este mundo podrá entender ni comprender, porque como nos dice la Biblia: “el amor que Dios nos tiene *sobrepuja todo conocimiento*” (Efes. 3, 19).

Así es como se llega al amor de Dios

Para llegar a amar a Dios, lo primero es conocerle, meditando sus grandezas y lo que ha hecho por nosotros. Lo primero y más importante es la oración y la meditación. Sin la oración y meditación, no hay conocimiento de Dios, ni ganas de amarle, ni deseos de servirle, ni fuerzas para hacerlo. El alma que no hace mucha oración, no puede conocer a Dios, ni enamorarse de Dios, ni siquiera tendrá ganas de hacerlo. Es por eso que sin oración, no puede haber amor de Dios ni del prójimo.

Pierden el tiempo los sacerdotes que predicán tanto

sobre el amor del prójimo y se olvidan del amor de Dios; porque donde no hay amor de Dios no puede haber amor del prójimo, y si lo hay, no es un amor que nazca de Dios, y si no nace de Dios, será un amor mundano que no sirve para nada.

¿Cómo ha de ser el amor al prójimo?

Cuando el amor al prójimo nace del amor de Dios, se preocupa ante todo por llevarlo a Dios. No será amor verdadero, nacido de Dios, cuando se preocupa más en socorrerlo en la vida del cuerpo que en la vida del alma, y cuando le dan más pena los trabajos que padece en el cuerpo que las miserias que padece en su alma.

Hay un texto en la Biblia donde se nos pide que no nos preocupemos tanto por las cosas materiales, y que busquemos, ante todo, los bienes de arriba, poniendo toda nuestra confianza en Dios. Sin embargo, en este punto casi nadie nos fiamos de Cristo, y hasta nos parece que si lo hiciéramos estaríamos tentando a Dios.

He aquí las palabras de Cristo: *“No debeis acongojaros pensando: ¿Donde hallaremos qué comer? Y ¿dónde encontraremos con qué vestirnos? Como hacen los paganos que se preocupan por estas cosas; pues bien sabe vuestro Padre que de todo ésto teneis necesidad. Por tanto, vosotros, buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura”* (Mt. 6, 32-34; Lc. 12, 29-31).

Y no se contentó el Señor con decírnoslo así de claro, sino que además lo corroboró con los ejemplos, diciéndonos que si Dios viste de belleza los campos

y dá de comer a los pájaros, sin que tengan que trabajar, ¿Cuánto más lo hará con nosotros sus hijos, si quisiéramos fiarnos de El?

Dios quiere que nos fiemos de El: “*¿Hay, por ventura, alguno entre vosotros que si un hijo suyo le pidiera pan, le dé una piedra? ¿O qué si le pide un pez, le dé una culebra? ¿O si le pide un huevo, en vez de un huevo le dé un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las pidan!*” (Mt. 7, 9-11; Lc. 11, 11-13). Después de estas palabras tan sencillas y tan claras de Cristo, ¿quién se atreverá aún a desconfiar de Dios?

Ante todo la salvación del alma

También en el amor al prójimo debemos anteponer a todo la salvación de su alma.

Debemos estar precavidos contra los gravísimos errores de la gran herejía de nuestro tiempo, que desgraciadamente está minando la fe de la Iglesia, al haberse infiltrado en gran parte de seminarios y universidades católicas, y ser muchos los teólogos que se han dejando embaucar de su doctrina.

A los teólogos de la liberación no les preocupa la salvación de las almas, lo que ellos predicán es la revolución y la lucha de clases para conseguir “un mundo más justo”, donde no haya pobreza ni ricos, o mejor dicho, donde todos los hombres sean ricos.

Los teólogos de la liberación se autodefinen “defensores de los pobres”, y son todo lo contrario, pues no enseñan el amor a la pobreza, sino a rebelarse contra ella.

Para los teólogos de la liberación no tiene sentido el *sermon de la Montaña*; pues según ellos, los pobres no deben aceptar la pobreza, y los oprimidos no deben aceptar que se los oprima. Todos deben revelarse contra los opresores, y solamente deberían ser pacíficos cuando todos sean iguales.

Pues, ¿cómo hemos de amar al prójimo?

El mismo Cristo nos responde: “*Como Yo os he amado*” (Jn. 13, 34).

Jesucristo nos amó hasta dar la vida por nosotros, y no de cualquier forma, sino de la manera más dolorosa y terrible que se puede imaginar.

Sabemos que a Cristo no le arrahcaron la vida por la fuerza, sino que El libremente la dio porque quiso, como El mismo dijo: “*Yo doy mi vida; nadie me la quita, sino que Yo la doy de mi propia voluntad, porque soy dueño de darla y dueño de recobrarla...*” (Jn. 10, 17-18).

Ahora bien: ¿para qué subió Cristo a la Cruz? ¿Por qué quiso morir con muerte tan cruel y afrentosa? Porque está claro que Jesucristo no subió a la cruz para librarnos de la pobreza ni de los trabajos y fatigas de este mundo que tanto ensalzó en el Sermón de la Montaña y que tanto recomendó en los tres años de su predicación.

Si Cristo hubiera muerto en la cruz para conseguir un mundo más justo, como pretenden los teólogos de la liberación, nos hubiera amado más que a Sí mismo, como en cierta ocasión le oí decir a un predicador. Y eso es un gran disparate, pues nadie debe amar a otro más que a sí mismo, y menos aún si se trata de

seres inferiores como somos nosotros con respecto a Dios.

Hemos leído en el Primer Mandamiento, al hablar del amor que debemos al prójimo, que solamente debemos preferir el bien del prójimo a nuestro propio bien, cuando se trate de un bien superior. Es decir: no podemos nosotros ofrecer nuestra vida para salvar la vida del prójimo, porque entre dos bienes iguales hemos de preferir el nuestro. Pero sí debemos exponernos a perder la vida para salvar el alma del prójimo, porque la vida del alma es un bien infinitamente superior.

Pues si a nosotros solamente nos sería lícito exponernos a perder la vida cuando se trata de salvar un alma, ¿cómo podríamos pensar que Cristo pudo dar su vida por otro fin que por la salvación de las almas?

Hay muchas personas que al leer en el Evangelio los milagros de Cristo curando enfermos y dando de comer en el desierto, se lo imaginan como haciendo limosnas para remediar a las personas de sus males. Sin embargo está claro que Jesucristo hacía los milagros con un doble fin : 1º, para darnos a nosotros un excelente ejemplo de caridad con el prójimo, y 2º, y esto era lo principal, para fortalecer la fe de sus discípulos.

Es cierto que Jesucristo hizo muchos milagros curando enfermos y librando a muchos de sus males; pero también es igual de cierto que El no vino a este mundo para eso, y que con tantas curaciones y milagros buscaba más el bien de las almas que el bien de los cuerpos. Pues si Cristo hubiera pretendido simplemente socorrer a las gentes en sus necesidades materiales, en vez de recomendarles la pobreza y enseñarles el amor a la cruz, como hizo constantemente,

les hubiera enseñado fórmulas prácticas para salir de la pobreza y curar las enfermedades, dándoles recetas medicinales como la penicilina, etc. que El como Dios sabía.

Pero Jesucristo no solamente no hacía milagros para liberar a sus paisanos de la pobreza, sino que, incluso, a veces los hizo causándoles graves daños materiales, como cuando les ahogó una piara entera de dos mil cerdos (Mc. 5, 13). Bien hubiera podido Cristo impedir a los demonios que hicieran todo aquel estrago, pero se lo permitió para enseñarnos que la vida de un hombre está por encima de los bienes materiales del mundo.

Sin embargo, antes que la vida de un hombre está la fe y el bien espiritual de los demás, como nos lo manifestó dejando morir a su amigo Lázaro para fortalecer la fe de sus discípulos. Y por eso dijo: *“Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creais”* (Jn. 11, 15).

Tampoco sabemos que hiciera nada para reivindicar alguno de los llamados “derechos humanos” que entonces tanto se menospreciaban con la ley de la esclavitud y otros grandes abusos que ahora tanto nos escandalizan. El no dijo, como hacen ahora los teólogos de la liberación, que hay que luchar contra el opresor, devolviendo mal por mal hasta vencerlos. Sino que, reprobando la llamada “Ley del Talión”, nos dijo: *“Habeis oído que se dijo: ‘Ojo por ojo y diente por diente’. Pero Yo os digo que no hagais frente al malvado; antes bien, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; y al que quiera ponerte pleito para quitarle la túnica, déjales también el manto; y si uno te forzare a ir car-*

gado mil pasos, ve con él otros dos mil...” (Mt. 5, 38-41).

No debe entenderse con esto que Cristo nos pida que debemos dejarnos robar, aunque buenamente podamos impedirlo; ni que tengamos que dejarnos aplastar del opresor, si podemos evitarlo, porque para eso está el Magisterio de la Iglesia, para enseñarnos a interpretar los textos difíciles de la Biblia. Pero he querido traer aquí el texto literal del Evangelio, para que nadie diga, como hoy se dice, que Cristo fue un revolucinario que se sublevó contra los ricos predicando la lucha de clases como hacen hoy los teólogos de la liberación.

Jesucristo, no solamente no proclamó la lucha de clases, sino que, incluso alguna vez se enfadó con alguno que recurrió a El pidiéndole justicia contra el opresor. Recordemos aquel joven que acudió a El diciéndole: *“Maestro: dí a mi hermano que reparta conmigo la herencia”* y Jesús le respondió: *“¿Hombre! ¿quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?”* (Lc. 12, 13). Y a continuación, levantando la voz, empezó a predicar el desprecio que hemos de hacer de los bienes de este mundo y cómo hemos de poner únicamente nuestra confianza en Dios. (Lc. 12, 29-31).

En fin: Jesús murió en la cruz, no para enriquecernos con los bienes de este mundo, ni para preservarnos de llevar una vida de trabajos y dolores, sino para salvar nuestras almas, porque como muy bien nos enseña la fe, el valor de una sola alma es infinitamente superior a todos los bienes de este mundo.

Por eso, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que, el acto más grande caridad que se puede hacer en este mundo, no es otro que aquel que vaya

encaminando al bien de las almas, como puede ser la conversión de los pecadores y la perseverancia de los que viven en gracia de Dios.

A veces, cuando vemos por televisión algún reportaje de las hambres y necesidades que pasan las personas de algunas partes del mundo, quisiéramos ser multimillonarios para poder mandar allá barcos enteros de alimentos y de todas las cosas que tienen tanta necesidad. Aquellas necesidades tan tremendas nos emocionan y conmueven el corazón. Pues si aquellas miserias nos conmueven, ¿cómo es que nos sentimos inertes e impasibles ante miserias y necesidades espirituales infinitamente mayores? No necesitamos trasladarnos al tercer mundo, ni siquiera precisamos andar muchos pasos para encontrarnos con personas que sufren una miseria y una calamidad mucho más grande y terrible que la que sufren en sus cuerpos los casos más terroríficos que vemos por televisión. ¡Oh si pudiéramos comprender el estado en que se encuentra un alma que está en pecado mortal! ¡Si la pudiéramos ver con los ojos de la cara seguro que nos moriríamos de espanto y de terror!

La gran diferencia

La gran diferencia que hay entre los males espirituales y los corporales, es enorme, inmensa, infinita, y por lo tanto incalculable e incomprensible.

Hay dos medios para medir los males y los bienes; una es su intensidad, y otra su duración. Para medir la intensidad del dolor o del placer, no existe nada. Que sepamos, no hay ningún aparato que pueda medir la intensidad del placer o del dolor de una persona. Se puede medir su duración, eso sí, con el re-

loj; pero no se puede medir su intensidad. No obstante, sabemos por la fe, que la intensidad de los placeres del Cielo son superiores a todo lo que podemos pensar o imaginar, como nos dice San Pablo (1 Cor. 2,9). Y lo mismo pasa si nos referimos a los dolores del infierno, pues, como enseñan los doctores, son superiores a cuanto podamos pensar o imaginar en este mundo.

Pero como ésto no puede medirse, porque no tenemos nada para medir la intensidad, trataremos únicamente de medir la duración, y así podremos ver que aun cuando la intensidad de los dolores y de los placeres de este mundo fueran iguales a los del otro, sólo por la duración la diferencia es infinita.

Supongamos lo siguiente: Imaginemos que todas las personas, desde que nacen hasta que mueren estuvieran sufriendo. Entonces solamente había que hacer una suma del tiempo que vivió cada una. Esta vivió 10 años, otra vivió 80, otra 120, y así se podría hacer una suma del tiempo que vivió cada una, desde Adán hasta el último que muera en el juicio final, y sabemos muy bien que la suma total no sería infinita. Por muchos millones, y billones y trillones de años que dure el mundo, y por más gente que pase por él, sabemos muy bien que la suma de los años de vida de todos juntos no puede ser una cantidad infinita. Necesariamente tiene que ser limitada, porque la suma de cantidades limitadas, por muchas que sean, necesariamente tienen que dar un cifra limitada.

El día del juicio final, cuando nos reunamos todos frente a Jesucristo, El sabrá el número de los que somos y los años que cada uno vivimos en este mundo, y El podrá muy bien hacer la cuenta de esa suma, que de ninguna manera puede ser infinita.

Pues bien: si sabemos por la fe que el alma que se condena no saldrá jamás del infierno, es lógico pensar que llegará el tiempo en que habrá tanto tiempo que está en el infierno que su cuenta sea mayor que la suma de los años de vida que entre todos los hombres vivimos en este mundo. ¡Y sin embargo, la eternidad aun continuará entera! Volverá de nuevo a pasar el tiempo, y los años y los siglos, y los millones y millones de siglos hasta que vuelva a estar allí sufriendo otro tanto. ¡Y también entonces aun continuará la eternidad toda entera! ¿Veis cómo los sufrimientos de una sola alma condenada son infinitamente superiores a la suma de todos los sufrimientos que entre todos los hombres podemos padecer en este mundo? ¿Comprendéis ahora por qué la salvación de una alma es cosa que ha de anteponerse a todos los demás intereses de este mundo?

El valor de un alma

Convenzámonos de que salvar un alma vale infinitamente más que salvar mil mundos de la destrucción y de la muerte. Por eso es tanto lo que agrada a Dios que trabajemos por la salvación de las almas que San Agustín llega a decir que quién salva un alma, salva también la suya. Y el Apostol Santiago nos dice que si conseguimos salvar un alma, hemos hecho una obra tan grande de Caridad, que Dios nos perdonará todos los pecados: *“Hermanos: Si alguno de vosotros se desviare de la verdad, y otro lo redujere a ella; debe saber que quien hace que se convierta el pecador de su extravío, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados”* (St. 5, 19).

Estamos viviendo en medio de un mundo lleno de pecadores; esto es patente, pues los pecados públicos se ven a montones por todas partes. Pues si tenemos fe, ¿cómo no vivimos aterrados sabiendo como sabemos que la gran mayoría de los hombres van por un camino que necesariamente lleva al infierno?

Una de dos: o no tenemos fe, o no tenemos caridad. Porque si tuviéramos fe y creyéramos, como debemos creer, que cada pecado mortal merece un infierno ¿cómo íbamos a vivir impasibles sin salir a la calle a gritar y a dar voces para avisar a los hombres del inminente peligro que se les aproxima? ¿Cómo podremos acallar nuestras conciencias haciéndonos creer que tenemos caridad, aunque toda nuestra hacienda la repartamos entre los pobres, si no hacemos lo más importante que es hacer cuanto podamos por la salvación de sus almas?

Los pecadores, quizá en medio de su atolondramiento apenas se darán cuenta del peligro en que están y del fin hacia el que caminan; por eso, a nosotros que tenemos fe y lo sabemos, Dios nos pida cuenta de sus almas si no hiciéramos nada por avisarles. Oigamos lo que dijo Dios a Ezequiel:

“Hijo de hombre: Yo te he puesto por centinela de la casa de Israel, y de mi boca oirás mis palabras que anunciarás a ellos de mi parte.

Si yo digo al impío: “Morirás sin remedio”, y tú no le amonestas y no le hablares para retraer al malvado a fin de que se corrija de su impío proceder y viva, ese impío morirá en su pecado, pero Yo te pediré a ti cuenta de su sangre. Pero si habiéndole tú amonestado, no se arrepintiere de su impiedad ni se apartase de sus perversos caminos, él ciertamente morirá en su maldad, pero tú habrás salvado tu alma.

De la misma suerte: Si el justo abandonare la virtud e hiciere obras malas, Yo le pondré delante tropezos, y si cayere por no haberle tú amonestado, él morirá en su pecado, sin que se recuerden ninguna de cuantas obras buenas hubiere hecho antes; mas Yo te pediré a tí cuenta de su sangre. Pero si tú le amonestares a fin de que no peque o deje de pecar, si te hace caso, en verdad que tendrá verdadera vida, porque le amonestaste, y tú habrás salvado tu alma'' (Ez. 3, 17-21).

Estas palabras dichas a Ezequiel, valen para todos los cristianos que tenemos la luz de la fe; pues, todos, según el concilio Vaticano II, tenemos el deber y la obligación de ser apóstoles en nuestro ambiente y de acuerdo con los medios de que dispongamos. A todos van dirigidas las palabras del Apóstol: *“No queráis ser cómplices de las obras de la tinieblas: antes bien, reprenderlas”* (Ef. 5, 11). Y ¿cómo las reprenderemos? A veces bastará con nuestro buen ejemplo. El buen ejemplo de los buenos es como una continua reprensión de la mala conducta de los malos.

¿Cuál es la verdadera caridad?

Con lo dicho hasta aquí creo queda claro cuál es la verdadera caridad o verdadero amor del prójimo, que no consiste únicamente en dar limosnas y socorrer a los pobres y a los enfermos.

Vuelvo a repetir que hoy se insiste mucho en hablar de caridad y del amor que debemos al prójimo; pero no se consigue nada porque se hace de una forma incorrecta e inadecuada, dando demasiada importancia al problema de la pobreza y dejando en

olvido, como si no existiera, el problema verdadero que es el problema del pecado. Yo hasta me atrevo a pensar que esto es una treta del astuto Satanás que trata de distraer nuestra atención de los problemas verdaderos con otros problemas de menor importancia que a él le traen sin cuidado.

Si tuviéramos una grave enfermedad mortal, que tratándola a tiempo y de forma adecuada aun pudiera tener cura; pero si los médicos, en vez de recetarnos para ese mal, no nos dijeran nada y únicamente nos mandaran recetas para algún otro mal de mucha menor importancia y del que no hubiera ningún peligro, ¿no es verdad que con ello lo único que conseguirían sería que así le perdiéramos miedo al mal que tenemos verdaderamente grave y de esa forma nos perdiéramos sin remedio? ¡Pues yo creo que precisamente eso es lo que pretende el demonio haciendo que hoy se predique tanto de la pobreza y otros problemas de menor importancia, distrayendo nuestra atención de los problemas verdaderos que son los problemas del alma!

Por eso es tan grave y tan serio el problema del comunismo, porque predica un amor al prójimo sin Dios, excluyendo a Dios. Es una falsa caridad, tanto más peligrosa cuanto más se parece a la caridad verdadera, y que no tiene nada de caridad, porque donde se excluye a Dios no puede haber caridad. “Creo que el marxismo —dice Ratzinger—, en su filosofía y en sus intenciones morales, es una tentación, más profunda que otros ateismos prácticos, intelectualmente superficiales. La ideología marxista aprovecha elementos de la tradición judeocristiana, aunque transformada en un profetismo sin Dios. Instrumentaliza para fines políticos las energías religio-

sas del hombre, encaminándolas a una esperanza meramente terrena, que es el reverso de la tensión cristiana hacia la vida eterna. Y es precisamente esta perversión de la tradición bíblica lo que engaña a muchos creyentes, convencidos de buena fe de que la causa de Cristo es la misma que proponen los heraldos de la revolución política" (Informe sobre la fe, cap. XIII).

No empezar por el tejado

En la filosofía cristiana, la caridad no solamente ocupa el puesto primero, sino que también ocupa el segundo y el tercero; es decir, lo ocupa todo, porque cualquier otra virtud, para que sea virtud, es preciso que toda ella está motivada por el amor.

Pero ¿qué es el amor? —San Juan lo dice muy claro: *"Dios es amor y el que permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él"* (1 Jn. 4, 16). Eso y no otra cosa es el amor: estar unidos a Dios y permanecer fundidos en El por el amor.

Y es por eso que es inútil tratar de promover el amor del prójimo si antes no se insiste en el amor de Dios, porque solamente cuando se ama a Dios de verdad, es cuando se puede amar verdaderamente al prójimo, amándolo en Dios y por Dios.

Decía San Alfonso, citando a otros santos anteriores: "Cuando arde la casa, se arrojan los muebles por la ventana", queriendo decir que, cuando se ama a Dios de verdad, nos sobra todo y nos desprendemos de todo para darlo a los pobres.

Perdónenme los lectores si creen que me he extendido demasiado tratando de hacer ver que no puede haber amor del prójimo si no existe el amor de Dios;

porque es que me ponen malo ciertos predicadores que no saben hablar de otra cosa que de que hay que construir un mundo mejor amándonos más los unos a los otros. Yo no digo que eso sea malo, libreme Dios de pensarlo. Sólo digo que, al insistir tanto sobre ese problema y no decir nada de otros problemas infinitamente más graves, como es el problema de la pornografía y de la propaganda antirreligiosa que se hace por televisión ante millones de personas, se hace como los médicos que anteriormente hemos dicho, que indirectamente nos están haciendo creer que los problemas más graves son el que todos no tengamos lo necesario para vivir cómodamente la vida de acá, y que lo que menos importa es lo que será nuestra vida de allá, después de la muerte.

Llegando a este punto, probablemente habrá muchos que me digan: Bueno, vayamos a lo práctico. Díganos en resumen qué es lo más importante que debe hacer quien verdaderamente quiera tener un verdadero amor de Dios y del prójimo. Lo más importante de todo es evitar el pecado. Así lo dijo Jesucristo: *“Si me amais, guardareis mis mandamientos... Quien ha recibido mis mandamientos y los observa, ése es el que me ama”* (Jn. 14, 15 y 21).

Pero para poder guardar bien los mandamientos y no cometer ningún pecado, es preciso, ante todo, orar. Sin un trato íntimo con Dios por medio de la oración, no solamente no se podrán guardar los mandamientos, sino que, incluso, ni siquiera habrá interés por guardarlos. Sólo por medio de la oración se pueden conocer la importancia y el valor de las cosas espirituales y se siente interés de practicarlas. Sin oración ni hay luz para conocer la importancia de la virtud, ni hay fuerzas para practicarla, ni siquiera

ganas de hacerlo. Por eso Jesucristo insistió tanto en el Evangelio sobre la necesidad de la oración. Siendo el tema de la oración la cosa más importante y fundamental en la vida religiosa, y careciendo de espacio aquí para exponer las razones, quiero remitir al lector a que lea alguno de estos dos libritos de San Alfonso: *“Del Gran Medio de la Oración”* o *“Una sola Cosa es Necesaria”*. Si los lee podrá conocer su trascendental importancia.

Y con respecto al prójimo, ¿cuáles son las obras de caridad más importantes que podemos practicar con él? —No hay duda de que la obra de caridad más grande será todo aquello que pueda inducir a la práctica del bien. Por eso lo principal será cualquier clase de apostolado. Y cuando este no pueda hacerse, bastará un buen consejo, o, simplemente, un buen ejemplo.

Quizá nosotros no estemos en condiciones de ejercitar el apostolado positivo, que es el que le induce o estimula al bien; pero es posible que sí podamos hacer algo para evitarle lo que podríamos llamar “apostolado negativo”, que es todo lo contrario al anterior, y puede ser todo aquello que lo induce al pecado como es el escándalo.

Hoy día el mundo, espiritualmente hablando, está muy mal; muchísimo peor que hace 20 años, y todo es por culpa del escándalo. Los medios de comunicación social, como son la prensa, la radio, y, sobre todo la televisión, están haciendo muchísimo mal. Son millones las almas que se condenan por culpa de la televisión. Ahora la televisión es capaz de llevar ella sola doble cantidad de almas al infierno que antes entre todos los demonios. Contentos deben estar aquellos espíritus infernales por la cosecha que

„ sin trabajar están consiguiendo diariamente con la televisión.

¿Cuál es el mayor mal del mundo?

Si nos preguntáramos cuál es actualmente el mayor mal del mundo, tendríamos que decir, sin titubear, que la televisión. ¿Por qué?

—La respuesta es sencilla y clara: porque es el medio por el que a mayor número de gente se escandaliza y porque lo hacen de forma diabólica con la más descarada pornografía, atacando los puntos más débiles del hombre y utilizando los medios más provocativos y seductores sin reparos de ninguna clase. Cuando no se ataca a la castidad con escenas pornográficas, se ataca a la fe con insinuaciones y sonrisas burlonas, ensalzando la inteligencia de los que se declaran agnósticos y ateos y ridiculizando a los que se confiesan creyentes y católicos practicantes.

Es por eso que la televisión actualmente está haciendo un mal enorme, incomparable e irreparable, mucho mayor de todo lo que podemos pensar o imaginar. Y ¿qué podríamos hacer para remediarlo? ¿Habría alguna posibilidad de evitarlo? —Existe una remota posibilidad que se podría conseguir si todos los cristianos nos pusiéramos de acuerdo.

Para poder evitar que la televisión sea mala y no dé escándalo, es preciso que quienes la dirigen y mandan en ella sean personas creyentes y quieran evitarlo. He aquí el único medio para que la televisión no escandalice: que los que la dirigen sean personas creyentes. Y ¿qué hacer para conseguirlo? —Que nos conciencemos todos los cristianos de la grave obligación que tenemos de votar en las elecciones para

un partido político que no sea ateo y tenga posibilidad de ganar. Digo que tenga posibilidad de ganar, porque puede haber partidos que nos agraden más y que no tengan posibilidad de ganar, y un voto dado a un partido sin posibilidades puede considerarse un voto perdido.

Hay sacerdotes y obispos que parece no quieren hablar nada de política, como si la política fuera algo que no les concerniera. Pero resulta que la política es lo que más daño hace a la Iglesia, porque los políticos ateos son los que dominan la televisión y la enseñanza de la juventud, que son los mejores medios de poder hacer un buen apostolado, y al ser ellos los que mandan el apostolado que hacen es una apostolado satánico. De aquí la grave obligación que todos tenemos de votar en las elecciones y de hacer propaganda en favor de los partidos de inspiración cristiana. El no hacerlo es pecado grave. No solamente es pecado grave votar a los partidos que defienden ideas anticristianas como el divorcio, el aborto y la libertad de pornografía, sino que también lo es el abstenerse y no dar el voto a los partidos que están en contra de estos escándalos.

Conclusión

Quede, pues, bien sentado que no puede haber verdadero amor del prójimo donde no exista el amor de Dios; porque la única razón de que amemos al prójimo no puede ser otra que el mismo Dios. Nadie fuera de Dios merece nuestro amor, y por tanto, no podemos amar otra cosa más que a Dios o por Dios. A Dios le amamos directamene porque es el Bien supremo y se merece todo el amor de nuestro corazón

y de millones de corazones que tuvierámos. Al prójimo, en cambio, no lo amamos porque haya en él algo digno de nuestro amor, sino porque Dios quiere que lo amemos y nos lo manda; y por lo tanto, sólo lo amamos en Dios y por Dios. Por eso insistimos que no puede haber amor al prójimo donde no esté el amor de Dios. Podrá haber una apariencia de amor, pero no será verdadero amor. Podrá uno hacer cuantiosas limosnas y repartir todos sus bienes entre los pobres, y podrá incluso consagrar su vida en defensa de los necesitados hasta el punto de perderla por su causa, y sin embargo, no tener caridad (1 Cor. 13, 3). Porque la caridad viene de Dios, y quien haga las mejores cosas del mundo, si no las hace por Dios, de nada le sirven.

Dos cosas hemos querido destacar aquí: 1.^a. Que no puede haber amor del prójimo donde no esté el amor de Dios, y que los predicadores que insisten tanto en decir que tenemos que amar al prójimo, están perdiendo el tiempo mientras no nos digan primero las razones y motivos que tenemos para amar y obedecer a Dios. Y 2.^a. Que el amor al prójimo, si ha de ser verdadero, ha de atender en primer lugar a la salvación del alma y a crear un ambiente que ayude a conseguirlo, en cuyo primer lugar está la política, la que hemos de tratar en cambiar en cuanto esté de nuestra parte, usando todos los medios de que podamos disponer.

INDICE

INSTRUCCION PRELIMINAR	5
-------------------------------------	----------

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

PRIMER MANDAMIENTO	13
1 — De la Fe	15
2 — De la Esperanza	26
3 — De la Caridad	29
4 — De la oración de súplica	34
5 — Del amor al prójimo	36
6 — De la religión	48
Apéndice I, —Del cuerpo Místico de Cristo.	52

SEGUNDO MANDAMIENTO	54
1 — De la Blasfemia	54
2 — Del voto	61
3 — Del juramento	65

TERCER MANDAMIENTO	69
1 — De la obligación de no trabajar	70
2 — De la obligación de asistir a la Santa Misa	75
Se habla del ayuno eclesiástico	84

CUARTO MANDAMIENTO	87
1 — De los deberes de los hijos para con los padres	87

2 —	De la obligación de los padres para con los hijos	96
	Reglamento de un padre de familia ...	103
3 —	De las obligaciones de amos y cristianos y de los esposos entre sí	107
QUINTO MANDAMIENTO		111
	Apéndice II. —Atentados contra la vida del niño en el seno de su madre	117
SEXTO MANDAMIENTO		125
	Remedios contra las tentaciones de impureza	133
	Apéndice III	143
SEPTIMO MANDAMIENTO		145
1 —	Del robo	145
2 —	De la restitución	151
	Apéndice IV, —De algunos deberes y derechos en material social	160
OCTAVO MANDAMIENTO		166
	Apéndice final sobre la verdadera caridad	175